

Decreto 2, SERVIDORES DE LA MISIÓN DE CRISTO

1. Como Compañía de Jesús, somos servidores de la misión de Cristo. En los treinta años que han pasado desde la CG 31, y especialmente en los veinte a partir de la CG 32, la Compañía ha sentido la fuerza de Cristo Crucificado y Resucitado y al mismo tiempo su propia debilidad: ha sido para nosotros un tiempo de prueba, pero también de gracia abundante. Reconocemos y confesamos nuestras muchas faltas; las gracias son más importantes porque vienen de Cristo. Algunos compañeros nos han dejado para servir al Señor de otras maneras; otros, sacudidos por los acontecimientos, han perdido confianza en la calidad de nuestra vocación. Pero hemos reaccionado con agilidad y nos hemos hecho una comunidad de "amigos en el Señor", apoyándonos mutuamente con la libertad que proporciona el amor cristiano, y profundamente afectados por la muerte de los mártires jesuitas de este período. Durante estos años, en toda la Compañía, hemos sido purificados en la fe que nos sostiene y hemos entendido mejor nuestra misión central. Nuestro servicio, especialmente el de los pobres, ha hecho más honda nuestra vida de fe, tanto individual como corporativamente: nuestra fe se ha hecho más pascual, más compasiva, más tierna, más evangélica en su sencillez.

2. El cuerpo de la Compañía se ha diversificado como nunca, ocupado en variados ministerios situados en la encrucijada de conflictos culturales, contiendas sociales y económicas, resurgir religioso y nuevas oportunidades para llevar la Buena Noticia a gentes del mundo entero.

- Los jesuitas de Africa están comprometidos en la construcción de una Iglesia africana joven y vibrante, arraigada en la riqueza de sus diferentes culturas, creando nuevos lazos de solidaridad entre sus pueblos y luchando por vencer las fuerzas mundiales que tienden a marginar todo el continente.

- Los jesuitas de Asia comparten el empeño de los pobres por la justicia y dialogan con otras tradiciones culturales y religiosas para poner al Evangelio en contacto con la vida de Asia y llevar la riqueza de la cultura asiática a vivir el Evangelio.

- Los jesuitas de América Latina, que se ven ante sociedades de una enorme disparidad de vida entre ricos y pobres, siguen estando del lado de los pobres y trabajando por la justicia del Reino, al tiempo que ayudan a que la voz de los pobres instruya a la Iglesia acerca del Evangelio, utilizando la riqueza de la fe popular y de las culturas indígenas.

- En los antiguos países comunistas, después de largos años de persecución y de cárcel por la fe, los jesuitas ayudan a su gente en la búsqueda de un modo de vida auténtico en la recién recuperada libertad.

- Los jesuitas de Europa occidental, a través de una amplia gama de ministerios educativos, espirituales y pastorales, ayudan a mantener la vitalidad de la fe y de las comunidades cristianas ante la indiferencia religiosa. Se esfuerzan también de diversas maneras por acompañar y ayudar a cuantos se ven marginados de la sociedad.

- Los jesuitas de Norteamérica afrontan los desafíos de las nuevas formas de carencia cultural y económica. Intentan, en estrecha colaboración con muchos otros, influir en las complejas estructuras de la sociedad, allí donde se toman las decisiones y se moldean los valores.

Todos intentamos realizar la misión de la Compañía de manera apropiada a los diversos contextos en que trabajamos. Todos tenemos una misma misión, compartida por presbíteros y hermanos, y muchos ministerios que emprendemos como servicio de Cristo y de su tarea de reconciliar al mundo con Dios.

3. La Iglesia, cuya misión compartimos, no existe para ella misma sino para la humanidad, proclamando el amor de Dios y derramando luz sobre el don interior de este amor. Su fin es la realización del Reino de Dios en toda la sociedad humana, no sólo en la vida futura, sino también en la presente. La misión de la Compañía se inscribe en la misión evangelizadora de toda la Iglesia¹. Esta misión "es una realidad unitaria pero compleja y se desarrolla de diversas maneras": a través de las dimensiones que integran el testimonio de la vida, la proclamación, la conversión, la inculturación, la génesis de iglesias locales, el diálogo, y la promoción de la justicia querida por Dios². Dentro de este marco y de acuerdo con nuestro carisma, nuestra tradición y la aprobación y apoyo de los Papas a lo largo de los años, la misión actual de la Compañía es el servicio de la fe y la promoción en la sociedad de "la justicia evangélica que es sin duda como un sacramento del amor y misericordia de Dios"³.

4. Cuando Ignacio fue confirmado en su misión en La Storta, el Padre Eterno le dijo a Cristo: "Quiero que tomes a éste como servidor": fue por voluntad del Padre por lo que Cristo, llevando la cruz como estandarte de victoria, tomó a Ignacio como servidor de su misión, para trabajar con El bajo esa misma cruz hasta que se cumpla su tarea. Esta visión confirma el llamamiento que Cristo, Rey Eternal, hace en los Ejercicios Espirituales:

"Quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc; asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche, etc; porque así después tenga parte conmigo en la victoria como la ha tenido en los trabajos"⁴.

Ignacio, y todos los llamados a este servicio, aprenden a ser compañeros de fatigas con Cristo en su ministerio. En los Ejercicios Espirituales contemplamos la misión de Cristo como una respuesta de la Santísima Trinidad a los pecados que afligen a la humanidad. Contemplamos al Hijo Encarnado nacido en pobreza, trabajando de palabra y obra para establecer el Reino, y finalmente sufriendo y muriendo por amor a la humanidad. En la pedagogía de los Ejercicios, Jesús nos invita a ver en su vida terrena el modelo de la misión de la Compañía: predicar en pobreza, estar libres de ataduras familiares, ser obedientes a la voluntad divina, tomar parte en su combate contra el pecado con una generosidad total. Como Señor Resucitado, está ahora presente en todos los que sufren, en todos los oprimidos, en todos aquéllos cuyas vidas están rotas por el pecado. Como él les está presente, también nosotros queremos estarlo, solidarios y compasivos, allí donde la familia humana está más maltrecha. La misión del jesuita, como servicio del Señor Crucificado y Resucitado, es siempre entrar en la obra salvífica de la Cruz en un mundo todavía caracterizado por la crueldad y la maldad. Como compañeros de Jesús, nuestra identidad es inseparable de nuestra misión. Nadal subraya que, para Ignacio, aunque Cristo Resucitado está ya en su gloria, por la Cruz se hace presente en el sufrimiento que sigue habiendo en el mundo por el cual murió:

¹ Juan Pablo II, Alocución a la CG 34 (5.1.1995), 2.9; cf Apéndice I.

² Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 41.

³ CG 33, d.1,32. En otros lugares del presente decreto se describe esta justicia como "la justicia querida por Dios", "la justicia del reino de Dios", "la justicia de Dios en el mundo".

⁴ EE [93].

"Cristo ha resucitado de entre los muertos y ya no muere (Rom. 6,9), pero sufre aún en sus miembros y sigue llevando la Cruz. Por eso pudo decir a Pablo: '¿Por que me persigues?'"⁵.

5. Para San Ignacio era claro que, igual que la Compañía no fue instituida por medios humanos, tampoco sus ministerios pueden conservarse y aumentarse sino por "la mano omnipotente de Cristo"⁶. Como recibimos nuestra misión de Cristo, toda la fecundidad de la Compañía depende exclusivamente de su gracia. Es Cristo Resucitado quien nos llama y da fuerzas para su servicio bajo la bandera de la Cruz:

- Cristo Resucitado, lejos de estar ausente de la historia del mundo, ha iniciado una nueva presencia en el mundo en el Espíritu. Ahora está presente a todos, hombres y mujeres, y los atrae a su Misterio Pascual. Sigue realizando la obra de Dios, de traer la salvación, la justicia y la reconciliación a un mundo todavía roto por sus pecados.

- El Cristo Resucitado que nos llama es el primogénito de entre los muertos, el primero de muchos hermanos y hermanas que, por medio de su amor, entrarán en el abrazo de Dios. El es la presencia amorosa que nos cura de las heridas de la crueldad y de la muerte y nos asegura que éstas no desfigurarán por siempre nuestra historia humana. Su muerte en el árbol de la Cruz da un fruto que sigue siendo "medicina para las naciones" (Apoc. 22,2).

- Cristo Resucitado cumple las promesas de Dios al pueblo judío y sigue convocando a todos los pueblos junto con él para crear una humanidad nueva en el Espíritu, uniéndolos a todos en un solo cuerpo viviente (Ef. 2,15-16). Todas las hostilidades humanas se curan en El.

6. La misión de la Compañía brota de la continua experiencia de Cristo Crucificado y Resucitado que nos invita a unirnos a El en la tarea de preparar al mundo para que sea el Reino de Dios consumado. El punto focal de la misión de Cristo es la proclamación profética del Evangelio que interpela a los pueblos en nombre del Reino de su Padre y que nosotros debemos predicar en pobreza. Nos llama a situarnos en lo más íntimo de la experiencia humana al recibir esta promesa y prepararnos para recibir el don de Dios en toda su plenitud. Todavía es una experiencia de cruz, en toda su angustia y con todo su poder, porque los enigmas del pecado y de la muerte forman todavía parte de la realidad del mundo. Nos llama a "ayudar a hombres y mujeres a desprenderse de la imagen deformada y confusa que tienen de sí mismos para descubrirse, a la luz de Dios, totalmente semejantes a Cristo"⁷. Así es como emprendemos nuestros ministerios con la confianza de que el Señor nos acepta, como aceptó a Ignacio, como servidores suyos, no porque seamos fuertes, sino porque nos repite como a San Pablo: "Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad" (2 Cor. 12,9).

La gracia que Cristo nos da

7. La llamada del Cristo Resucitado a trabajar con El por el Reino viene siempre acompañada de su poder. A la Compañía se le dio una gracia especial cuando la CG 32 formuló nuestra misión hoy como "el servicio de la fe, del cual la promoción de la justicia es una exigencia absoluta"⁸. Esta descripción del punto central de nuestra misión y espiritualidad y su principio integrador tiene su fundamento en la Fórmula del Instituto que, después de

⁵ MHSI, Ignatiana s.IV, FN I, p.314.

⁶ *Const.* [812].

⁷ Kolvenbach, Peter-Hans: Alocución a la CG 34 (6.1.1995); cf. Apendice II.2.

⁸ CG 32, d.4,2.

hablar de la finalidad de la Compañía ("atender principalmente a la defensa y propagación de la fe, y al provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana") precisa un conjunto de actividades destinadas a alcanzar dicha meta: ministerios de la palabra y ministerios del espíritu; ministerios sacramentales; catequesis de niños y analfabetos. Finalmente, subrayando el puesto central que tienen las obras de misericordia en la vida cristiana, abre el horizonte de los ministerios sociales que han de realizar los de la Compañía en favor de los menesterosos:

"Y también manifiéstese preparado para reconciliar a los desavenidos, socorrer misericordiosamente y servir a los que se encuentran en las cárceles o en los hospitales, y a ejercitar todas las demás obras de caridad, según que parecerá conveniente para la gloria de Dios y el bien común"⁹.

8. El compromiso de la Compañía de una vida radical de fe que se expresa en la promoción de la justicia para todos se inspira en esta declaración fundacional de la Carta Apostólica de Julio III. Hemos recuperado, para nuestra misión actual, la centralidad del trabajo en solidaridad con los pobres de acuerdo con nuestro carisma ignaciano. Leemos como con nuevos ojos un texto profético para nuestro tiempo que, bajo la guía de Ignacio, escribió Polanco a la comunidad de Padua en 1547:

"Son tan grandes los pobres en la presencia divina, que principalmente para ellos fue enviado Cristo a la tierra: 'por la opresión del mísero y del pobre ahora -dice el Señor- habré de levantarme' (Ps. 11,6). Y en otro lugar, 'para evangelizar a los pobres me ha enviado' (Lc. 4,18), lo cual recuerda Jesucristo, haciendo responder a San Juan, 'los pobres son evangelizados' (Mt. 11,5), y tanto los prefirió a los ricos, que quiso Jesucristo elegir todo el santísimo colegio de entre los pobres, y vivir y conversar con ellos, dejarlos por príncipes de su Iglesia, constituirlos por jueces sobre las doce tribus de Israel, es decir, de todos los fieles. Los pobres serán sus asesores. Tan excelso es su estado. La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno"¹⁰.

9. Ser "amigos del Señor" significa, pues, ser "amigos de los pobres"; no podemos volvernos de lado cuando nuestros amigos están en necesidad. Somos una comunidad en solidaridad con los pobres precisamente por el amor preferencial que Cristo les tiene. Entendemos con más claridad que el pecado del mundo, que Cristo vino a sanar, alcanza en nuestro tiempo el culmen de su intensidad en las estructuras sociales que excluyen a los pobres (la inmensa mayoría de la población mundial) de la participación en los beneficios de la creación. Vemos que la pobreza opresiva genera una violencia sistemática contra la dignidad de hombres, mujeres, niños y no-natos que no puede tolerarse en el Reino querido por Dios. Estos son los signos de los tiempos que nos interpelan para que nos demos cuenta de que "Dios ha sido siempre el Dios de los pobres porque los pobres son la prueba visible de un fracaso en la obra de la creación"¹¹.

10. El Papa Juan Pablo II habla de las arrolladoras "estructuras de pecado", caracterizadas precisamente por el "afán de ganancia y la sed de poder" en todas las culturas. Como la vida del espíritu es inseparable de las relaciones sociales, hace un llamamiento a creyentes y no creyentes para que se hagan conscientes de la "urgente necesidad de un cambio en las actitudes espirituales que definen las relaciones de cada individuo consigo mismo, con

⁹ *Fórm.* [3].

¹⁰ A los Padres y Hermanos de Padua (7.8.1547) (BAC 817-821).

¹¹ Kolvenbach, Peter-Hans: "Our Mission Today and Tomorrow", en la Conferencia sobre *Faith Doing Justice: Promoting Solidarity in Jesuit Ministries* (Detroit 26.6.1991), p.49.

el prójimo, con las comunidades humanas, incluso las más lejanas, y con la naturaleza¹². Es un llamamiento que, como jesuitas comprometidos a seguir la acción del Espíritu Santo en el corazón humano y en el mundo, no podemos rechazar: en nuestra vida personal y comunitaria y en todo apostolado que emprendamos (pastoral, académico, intelectual, espiritual o educativo) buscaremos la plenitud del Reino, donde reina la justicia y no el pecado humano. En palabras del Papa Juan Pablo II:

"Trabajar por el Reino quiere decir reconocer y favorecer el dinamismo divino que está presente en la historia humana y la transforma. Construir el Reino significa trabajar por la liberación del mal en todas sus formas. En resumen: el Reino de Dios es la manifestación y la realización de su designio de salvación en toda su plenitud"¹³.

11. El nuestro es un servicio de la fe y de las radicales consecuencias de la fe en un mundo en que se está haciendo más fácil conformarse con algo menos que la fe y que la justicia. Reconocemos, con muchos de nuestros contemporáneos, que sin la fe, sin una mirada de amor, el mundo humano parece demasiado malvado para que Dios sea bueno, para que pueda existir un Dios bueno. Pero la fe reconoce que Dios actúa a través del amor de Cristo y el poder del Espíritu Santo para destruir las estructuras de pecado que afligen los cuerpos y los corazones de sus hijos. Nuestra misión como jesuitas toca algo fundamental en el corazón humano: el deseo de encontrar a Dios en un mundo lacerado por el pecado y de vivir conforme al Evangelio con todas sus consecuencias. Este instinto de vivir plenamente el amor de Dios y así promover un bien humano, compartido y duradero, es el que moviliza nuestra vocación de servir la fe y promover la justicia del Reino de Dios. Cristo nos invita, a nosotros y a cuantos servimos, a desplazarnos, con la conversión del corazón, "de la solidaridad con el pecado a la solidaridad con Cristo en favor de la humanidad"¹⁴, y a promover el Reino en todos sus aspectos.

12. Esta fe en Dios es inevitablemente social en sus consecuencias, pues mira a las relaciones de las personas entre sí y al orden de la sociedad. Hoy presenciamos la desintegración social y moral de muchas partes del mundo. Cuando una sociedad no tiene base moral y espiritual, se generan conflictos ideológicos y odios que provocan la violencia nacionalista, racial, económica y sexual. Todo eso multiplica los abusos que ceban resentimiento y conflicto y lleva a fundamentalismos agresivos que pueden desgarrar la urdimbre social desde dentro. La sociedad entonces se convierte en fácil presa de los poderosos y los manipuladores, los demagogos y los mentirosos; se convierte en mercado de corrupción social y moral.

13. Pero la fe que mira al Reino engendra comunidades que contrarrestan el enfrentamiento y la desintegración social. De la fe viene la justicia querida por Dios, la paz de la familia humana con Dios y de unos con otros. No es la propaganda explotadora, sino la fe religiosa, que inspira el bien humano y social que se encuentra en el Reino de Dios, la que puede llevar a la familia humana a trascender la decadencia y el conflicto que la destruye. Si las injusticias se han de reconocer y resolver, entonces son las comunidades fundadas en la caridad religiosa, la caridad del Siervo Paciente, el amor desinteresado del Salvador, las que deben enfrentarse con la avidez, el chauvinismo y la manipulación del poder. La comunidad que Cristo ha creado con su muerte reta al mundo a crear, actuar con justicia, hablar con mutuo respeto sobre cosas serias, transformar sus sistemas de relaciones, tomar los

¹² Juan Pablo II, *Sollicitudo Rei Socialis*, 36-38.

¹³ Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 15.

¹⁴ Kolvenbach, Peter-Hans: "Our Mission Today and Tomorrow," *op. cit.*, p.49.

mandamientos de Cristo como base de su vida.

Las dimensiones de nuestra misión

14. Reafirmamos lo que se dijo en el d.2 de la CG 32: "El servicio de la fe y la promoción de la justicia no puede ser para nosotros un simple ministerio más entre otros muchos. Debe ser el factor integrador de todos nuestros ministerios; y no sólo de éstos sino de nuestra vida interior como individuos, como comunidades, como fraternidad extendida por todo el mundo"¹⁵. La finalidad de la misión que hemos recibido de Cristo, tal como está presentada en la Fórmula del Instituto, es el servicio de la fe¹⁶. El principio integrador de nuestra misión es el vínculo inseparable entre la fe y la promoción de la justicia del Reino. En esta Congregación queremos profundizar y ampliar más explícitamente aún la conciencia que tiene la Compañía de las dimensiones integrales de nuestra misión señaladas por el d.4 de la CG 32 y que ahora van adquiriendo madurez en nuestra experiencia y en nuestros ministerios. Hemos constatado que, cuando más fructuosos resultan nuestros ministerios, están presentes estos elementos.

15. Hecha la afirmación central de la inseparabilidad del servicio de la fe y promoción de la justicia, el d.4 habla de "nuestra misión de evangelizar"¹⁷, especialmente por el diálogo con miembros de otras tradiciones religiosas y la atención a la cultura, indispensable para una presentación efectiva del Evangelio. El fin de nuestra misión (el servicio de la fe) y su principio integrador (la fe dirigida hacia la justicia del Reino) están así dinámicamente relacionados con la proclamación inculturada del Evangelio y el diálogo con otras tradiciones religiosas como dimensiones de la evangelización. El principio integrador extiende su influjo a estas dimensiones que, como ramas de un tronco único, forman una matriz de rasgos esenciales dentro de nuestra misión única de servicio de la fe y promoción de la justicia.

16. En nuestra experiencia desde la CG 32, hemos llegado a la conclusión de que nuestro servicio de la fe, tendente a la justicia del Reino de Dios, no puede prescindir de estas otras dimensiones: el diálogo y la inserción en las culturas. La proclamación del Evangelio en un contexto particular debe siempre afrontar sus características culturales, religiosas y estructurales, no como un mensaje que proviene de fuera, sino como un principio "inspirador, normativo y unificador que [desde dentro] transforme y recree esa cultura, originando así una 'nueva creación'"¹⁸.

17. En nuestra valoración positiva de religiones y culturas, reconocemos que todas (incluido el 'Occidente Cristiano' a través de su historia), han hallado formas de cerrarse a la verdadera libertad ofrecida por Dios. La justicia sólo puede florecer de veras cuando comporta la transformación de la cultura, ya que las raíces de la injusticia están incrustadas en las actitudes culturales y las estructuras económicas. El diálogo entre el Evangelio y la cultura tiene que desarrollarse en el corazón mismo de la cultura. Debe realizarse entre personas que se respetan y que buscan juntas una común libertad humana y social. Así también, el Evangelio aparece a una nueva luz; su significado se enriquece, se renueva y hasta se transforma. A través del diálogo, el mismo Evangelio, la Palabra antigua y siempre nueva, entra en las mentes y los corazones de la familia humana.

¹⁵ CG 32, d.2,9.

¹⁶ "...fundada ante todo para atender principalmente a la defensa y propagación de la fe, y al provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana" (*Fórm.* [1]).

¹⁷ CG 32, d.4,24.

¹⁸ Arrupe, Pedro: Carta y Documento sobre la Inculturación, AR 17(1978)230.

18. En resumen:

- no puede haber una proclamación efectiva del Reino a menos que el Evangelio, una vez llevado al centro mismo de una sociedad, ilumine sus aspectos estructurales, culturales y religiosos;
- el diálogo con otras tradiciones es efectivo cuando hay un compromiso común de transformar la vida cultural y social de los pueblos;
- la transformación de las culturas humanas requiere un diálogo con las religiones que las inspiran y el correspondiente compromiso de transformar las condiciones sociales que las estructuran;
- si nuestra fe está centrada en Dios y en su justicia en el mundo, esta justicia no puede realizarse si, al mismo tiempo, no se cuidan las dimensiones culturales de la vida social y la manera como una determinada cultura se sitúa con respecto a la trascendencia religiosa.

19. Hoy constatamos con claridad que:

No puede haber servicio de la fe sin
promover la justicia
entrar en las culturas
abrirse a otras experiencias religiosas.

No puede haber promoción de la justicia sin
comunicar la fe
transformar las culturas
colaborar con otras tradiciones.

No puede haber inculturación sin
comunicar la fe a otros
dialogar con otras tradiciones
comprometerse con la justicia.

No puede haber diálogo religioso sin
compartir la fe con otros
valorar las culturas
interesarse por la justicia.

20. A la luz del d.4 y nuestra experiencia actual, podemos afirmar que nuestra misión de servicio de la fe y promoción de la justicia debe ensancharse para incluir como dimensiones esenciales la proclamación del Evangelio, el diálogo, y la evangelización de la cultura. Pertenecen conjuntamente a nuestro servicio de la fe ("sin confusión, sin separación") porque brotan de una atención obediente a lo que Cristo Resucitado está haciendo para conducir al mundo a la plenitud del Reino de Dios. Estas dimensiones de nuestra única misión desarrollan las intuiciones de nuestras últimas Congregaciones Generales y las experiencias apostólicas de la Compañía en muchas partes del mundo. Aquí se da un ejemplo profundo e inspirado por el Espíritu del *sentire cum Ecclesia in missione*, propio de las formas como nuestro carisma enriquece la misión evangelizadora de la Iglesia.

21. A la luz de estas reflexiones, podemos ahora decir de nuestra misión actual que la fe que busca la justicia es, inseparablemente, la fe que dialoga con otras tradiciones y la fe que evangeliza la cultura.